

Objetos urbanos y domésticos en la ciudad de México

GAËLLE LE CALVEZ

1. La ciudad, la primera

Nací fuera de ella y me la he apropiado a medida que la vivo. Con cada experiencia, con cada movimiento, en cada mudanza. Debo decir que las mudanzas han sido parte fundamental de mi existencia, por razones ajenas a mí, en la infancia y por necesidad en la adolescencia (ya tardía). Mudarme de casa ha sido más que un rito que acompaña los cambios fundamentales en la propia vida, un continuo recrearse en otra ciudad, en otra colonia, en otro mundo. De alguna extraña forma los espacios públicos o urbanos se corresponden con los espacios privados.

Nací en París pero soy mexicana. La primera casa de la que tengo memoria estaba en Anzures en la calle de Herschel. Nos gustaba a mi hermano y a mí meternos en un chapoteadero de cemento vacío que llamábamos alberca. Los espacios eran luminosos, mexicanos, felices. Me gustaba encerrarme en un cuarto a jugar sola o empinarme en secreto champú color miel o crema rosa Johnsons y salir los jueves al Linny's en la esquina de Mariano Escobedo y Gutenberg a comer con mi padre.

Desde muy chica identifiqué a la ciudad de México como una ciudad en la que los niños dominábamos los espacios (públicos y privados) se podía gritar, correr y revolcarse en el desorden sin que los vecinos de arriba

o los de la mesa de enfrente respingaran. No sucede así en Francia, donde los perros son mejor recibidos que los niños. La ciudad de México me fue conquistando al tiempo que yo hacía míos territorios reales e imaginarios.

El destino o el trabajo de mi padre quiso que París y el Distrito Federal se alternaran de tal modo que los primeros años me saben más a viaje y a cambio que a permanencia y continuidad. Tengo una nostalgia perpetua por algún país que ya no existe y mi identidad urbana se asocia más con los espacios que me he relacionado que con postales o paisajes fijos. No tengo una debilidad especial ni por la Torre Eiffel ni por el Zócalo, no me conmueven las banderas de ningún lugar ni las imágenes de mitos fundacionales. Me emocionan por igual la belleza de Tláloc y la pirámide del Louvre. En esta carencia de identidad definida opto por descubrir el lado híbrido de las ciudades, sus lados cojos, su vitalidad y sus defectos, sus olores, sus sonidos y los espacios públicos que se vuelven íntimos. Los cafés, los parques, las librerías, la universidad, túneles del tiempo de los que salimos transformados.

La sensación de no pertenencia o arraigo permite cierta distancia para observar a la ciudad desde fuera y hablarle de otro modo.

2. La ciudad representada

En México hay una larga tradición de poetas que hablan de la ciudad, de ella y desde ella. ¿Qué nos hace escribir de ella? Su fuerza, su magnitud, su crueldad por



Felipe Posadas

ejemplo. Serían interminables las respuestas. La ciudad desde mediados del siglo xx se convierte en escenario, personaje y protagonista de la literatura mexicana. Personaje dentro de la poesía, se vuelve también médula, sangre, pulmón. Escenario en la *Región más transparente* (1958) (y en todas las novelas de la llamada generación del medio siglo) donde Fuentes describe los espacios íntimos de la sociedad burguesa, o amenaza en los textos comprometidos y de tinte social de los poetas de la generación de la Espiga Amotinada que denuncian la injusticia del sistema capitalista y los vicios del hombre que se corrompe a su llegada a la urbe. Más adelante también como escenario y testigo de las marchas estudiantiles y de la matanza de Tlatelolco:

Eran las seis y diez. Un helicóptero
Sobrevoló la plaza.
Sentí miedo. Cuatro bengalas verdes.
(...)

Muchachas y muchachos por todas partes.
Los zapatos llenos de sangre.
Los zapatos sin nadie llenos de sangre.
Y todo Tlatelolco respira sangre.

En este fragmento del poema “Las voces de Tlatelolco” José Emilio Pacheco recrea la tragedia del 2 de octubre. Sobran los puntos de referencia urbanos, sabemos todos de qué plaza se trata. Con el paso del tiempo los espacios se van cargando no sólo de la memoria individual sino de las imágenes colectivas y cada nuevo texto o cada testimonio revela nuevas perspectivas de un lugar en un momento determinado.

Nací en París pero soy mexicana cada vez que leo un poema como éste que muestra no sólo un momento histórico, sino que describe a una sociedad en la que el ser estudiante era sospechoso, pensar era clandestino y querer cambiar el mundo, subversivo. Y siento miedo al imaginar la escena. Cuando el poema dice “yo” se refie-

re a todos nosotros, a cualquiera de nosotros, porque pudo haber sido y porque esa plaza es nuestra y todavía más, cuando en un texto nos es devuelta con todo lo que tiene de vida, de historia, de memoria a cuestas.

Este poema, este momento, ese lugar de la ciudad son sólo un ejemplo. Hay poetas que se repliegan en sus alcobas para escribir, otros prefieren vivir intensamente la ciudad, caminarla y regresar cargados de vivencias. Ninguno escapa de ella mucho menos quienes han crecido y nacido de ella. Yo tampoco. Sus dimensiones, las distancias inhumanas, sus contrastes y su miseria a nadie dejan indiferente. ¿A quién recordamos en sus calles, en sus centros de reunión, en sus espacios públicos? ¿A quienes ignoramos? A quienes venden, a quienes mendigan, a quienes corren detrás de un pesero, a quien se acomoda la corbata mientras cruza una calle, con quien nos cruzamos, esa larga lista de anónimos de los que formamos parte.

Una ciudad tan grande como ésta no es una sola ciudad; es una megalópolis con muchas ciudades dentro y su riqueza está en esa diversidad. Cada quien puede describir su espacio y evocar su infancia y sus espacios y perspectivas y todos serán distintos; incluso si coincide un sitio o una referencia serán diferentes para cada uno de los espectadores. Cada visión se superpone, se agrega y aporta un nuevo significado al objeto representado que es la ciudad.

Pensemos en Reforma. Cada quien pensará en una distinta y a cada una se le suma la del otro; lo que hace el poeta o el artista es sintetizar todas las visiones, reunir las diversas miradas en un mismo espacio. Podemos descubrir solos la ciudad o de la mano de otros que la han conocido al derecho y al revés mucho antes que nosotros. Podemos llegar en blanco o con ciertas imágenes a contemplar nuevos paisajes. Si nuestro guía es Jaime Augusto Shelley recorreremos con ironía desde las Lomas *Heights* hasta el Zócalo, descubriendo el lado perverso de cada uno de los lugares que vemos, si preferimos a Huerta iremos cachondos todo el trayecto en

el clásico Juárez-Loreto; con Pacheco podemos sobrevolar la urbe:

Desde el avión ¿qué observas? Sólo costras,
pesadas cicatrices de un desastre.

La literatura da miles de perspectivas. La poesía agrega con cada imagen una nueva dimensión de la ciudad. Puedo escoger una ciudad imaginaria en la que caben todas, la que extraño, la que vivo, la que ha sido descrita, recreada y que vive con cada relectura: la demonónica de Cuellar que me da una idea de cómo era la ciudad de mi abuelo; o la de Martín Luis Guzmán del Águila y la Serpiente; en contraste con la ciudad íntima de García Ponce con sus costumbres liberales propias de los 60, la de Pacheco que pierde su inocencia o las novelas apocalípticas de chavos como Malpica que imaginan una ciudad de México que de cierta forma no está muy lejos de lo que hoy nos rodea.

Testigo, el escritor registra lo cotidiano. Detiene el tiempo (o eso cree) para construir un espacio, una imagen, una sensación.

3. La ciudad viva

La ciudad real, la cotidiana es la de mi hermano desnudo corriendo en las calles poco transitadas de Anzures en los setenta, porque se escapaba de la casa tan pronto aprendió a caminar, queriendo aterrizarle a los abuelos. La azotea en la que me refugiaba de la sirvienta que me encerraba en el clóset, desde donde se veían los volcanes en un horizonte todavía transparente. Oíamos hablar del lobo y del robachicos.

Nuevas palabras sepultaron a las primeras: secuestro, inversión térmica, temblor se incorporaron a la ciudad al mismo tiempo de los largos paseos de la mano de mi primer novio y las tardes cursis en el lago de Chapultepec o las pintas en el parque frente a la iglesia de San Agustín donde 20 años más tarde bautizaría a mi hija.

Íbamos al café 58 donde se rumoraba que se vendía droga, copetudos y maquilladas escuchábamos los hits

del momento y luego en busca de alguna fiesta, la que fuera, donde fuera. En casas vacías, en terrenos baldíos y al Magic a hacer largas filas detrás de la cadena para luego bailar como locos hasta que el permiso alcanzara. Cerca del Liceo Franco Mexicano estaban a una cuadra los pays de Elizondo, los jugos Los colorines, las ricas tortas de Molière, lo necesario para estar bien alimentados o para curar cualquier antojo. También estaban el boliche y los cines Ariel ahora espacio de entretenimiento, el Molière. Devorados por los centros comerciales, los cines fueron desapareciendo poco a poco. Uno por uno. No había que vivir toda la experiencia del centro comercial para llegar a ellos, ni pagar las fortunas que ahora cuestan las palomitas y los estacionamientos.

Más adelante en mi vida con mis maestros que luego fueron mis amigos descubrí los bares de Sanborns, las cantinas y muchos, muchos restaurantes. Dejó de importar si el lugar estaba o no de moda o si tocaban música que me gustara. Descubrí con mi pareja desde entonces, Bernardo Ruiz, el placer de la digresión y las desveladas conversaciones. Descubrí su mundo y el de sus amigos escritores, ciudad desconocida hasta entonces. Fuimos al béisbol con Gerardo de La Torre e innumerables veces a su departamento en la calle de Vértiz, a beber, a bailar, a llorar de risa. Con de la Torre volví a las pistas de bailes primero con sus súper GT Fiestas, unos cassettes de antología que preparaba para la ocasión. Con ellos conocí la Doña, una cantina en la esquina de la Escuela de Escritores de Sogem -bastante sórdida por cierto-, me divertía estar entre personajes locos y sabios y prender la rockola para animarlos a bailar y que la fiesta interminable continuara. Después de dos tequilas la foto de Fidel el mesero 100 años atrás ya no me asustaba y las presencias atrapadas en ese lugar me dejaban en paz. Cuando Shelley y yo nos cansamos de la Doña, de sus multitudes y malas vibras, fuimos a dar a un lugar en Insurgentes que ya no existe: El Bali-Hai. Un restaurante que fascinaba por su lado romántico-kitsch (había sido immortalizado en la *Región más*

transparente por Fuentes) sus boquerones saladitos, sus peces globo que colgaban de los techos y las camisas de los meseros al puro estilo de Miami Vice. Ahí probé la hueva de Lisa y una noche enterré un celular en el estacionamiento. Dimensión desconocida. Llevados por el azar, el destino o el amor ahí llegamos. Las ferhormonas hacen milagros (eso lo supe 5 años y nueve meses después) pueden más que un hombre o una mujer biónica: atravesar dos veces la ciudad de norte a sur, vivir en México con horario de París, levantarse al alba sin haber dormido y todavía andar en busca de un nuevo espacio para vivir.

4. La ciudad ¿de la esperanza?

En quince años la ciudad ha cambiado tanto como yo o viceversa. Me he hecho adicta a ella como a ciertos espacios públicos que son también míos: Chapultepec para ir a caminar, el parque del Reloj antes de tierra y columpios de hierro convertido ahora en todo un centro magnífico de plástico para el placer de los niños y tranquilidad de los padres; los estanques de agua turbia con sus barcos y veleros los domingos. Los globeros de las esquinas, el Santa Clara de vainilla y la cerveza en el Celtics alguna tarde en la que los padres recuperamos ansiosos nuestros días de solteros, los territorios sagrados. Regresar a un mismo lugar permite renovar nuestros ritos para seguir adelante con la seguridad de que ciertas personas y ciertos lugares permanecen a pesar que la ciudad cambia, nosotros cambiamos, los otros cambian. Y que muchos de nuestros entrañables lugares han sido reemplazados, de algunos ni huellas quedan. Donde había un cine ahora hay un estacionamiento o un centro comercial. Los restaurantes abren y cierran con la misma velocidad, se usa y se tira, se cambia de novio, se cambia de chamba, de carrera, de ropa y lo que medianamente perdura se vuelve inmediatamente "clásico" o de viejito. ¿Dónde está la tradición? Preguntaba el maestro Shelley. ¿Dónde están los valores? El Ruiz.

Ante tal panorama yo opto por el reciclaje.

5. La ciudad literaria

Los poemas como las ciudades se construyen uno sobre el otro. Toman prestado una imagen, un ritmo para crear el propio. La ciudad ha quedado registrada en distintas etapas de la historia literaria pero nunca tan obsesivamente como en el siglo xx, quizá en un afán de inmortalizar objetos, paisajes, lugares en medio de una sociedad con cambios vertiginosos y que cada día incorpora nuevas herramientas que modifican las perspectivas de una realidad. No podemos detener el mundo de afuera por eso intentamos fijarlo, describirlo, evocarlo, dejar un registro, en un diario, en un blog, en un libro. Nos desdoblamos para observar mejor y no perdernos en el torbellino cotidiano. Vicente Quirarte apasionado de la ciudad y su literatura advierte: “Alejar nuestro cuerpo de la ciudad, es comprender mejor nuestros latidos y observar íntegramente la palpitación del otro cuerpo”.

6. Sin principio ni fin

Quedarse en silencio para recordar conversaciones, esa voz rasposa, el sabor de los elotes con chile, la espuma de la cerveza y el ardor del tequila. La Guadalupana, la Puerta del sol, las tortillas de maíz calientes y la gota de limón que salpica los ojos, como el humo del cigarro que detengo mientras fumo y me trago mientras desaparece. Como el mundo que cambia entre las piernas, como Julia, mi hija que es hecha in Mexico y soñada en París. Como las calles que redescubrimos desde los ojos de la infancia. Como las ciudades que llevamos dentro. Como las que despedimos. Como todas las ciudades que nos habitan. Enciendo una veladora en cada iglesia vacía por mis ciudades muertas. El mundo se acabó en el 2000, otra vez Ruiz. Yo prefiero pensar que las ciudades renacen. Entre el apocalipsis y la luz yo me quedo con el reciclaje. 🌱

2001-2006 seis años de trabajo
 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Un lugar donde todos los libros son tuyos

- ≡ Más de 500 mil ejemplares a tu alcance
- ≡ Salas especiales para niños y jóvenes
- ≡ Acceso a Internet y servicios digitales

Biblioteca Vasconcelos

CONACULTA
 la cultura en tus manos